

Los retornos en la historiografía francesa actual*

JACQUES LE GOFF
ÉCOLE DES HAUTES ÉTUDES EN SCIENCES SOCIALES

La historiografía occidental, y la francesa en particular, está marcada desde hace una decena de años al menos, por el regreso de temas y de problemáticas que anteriormente habían sido desvalorizadas, en particular bajo la influencia de los *Annales*.

Si estos retornos tienen causas diversas y específicas, las mismas son, por lo tanto, también un aspecto de las críticas formuladas desde hace algún tiempo contra los *Annales*.

Esta comunicación se esforzará por responder a las siguientes preguntas: 1) ¿es verdad que los *Annales* habían combatido la problemática historiográfica en cuestión y por qué? 2) ¿por qué se produjeron estos retornos? 3) ¿en qué condiciones pueden, estos retornos, representar un progreso para la historiografía de hoy y del futuro? 4) ¿estos retornos, constituyen un sistema, representan una orientación historiográfica de conjunto?

Los retornos tomados como ejemplo son el retorno de la *historia política*, el retorno del *acontecimiento*, el retorno de la *historia-relato* (historia narrativa), el retorno de la *biografía* y el retorno del *sujeto*.

1. El retorno de la historia política.

Los *Annales*, a partir de su fundación por Lucien Febvre y Marc Bloch, se alejaron e incluso atacaron la historia política que se había constituido en la orientación dominante de la historiografía nacida del historicismo alemán y de la historiografía universitaria francesa (la enseñanza de la historia en la Sorbona).

a) los *Annales* deploraban el nivel superficial de esta historia política que privilegiaba los cuadros temporales, cronológicos, artificiales e inadecuados en relación a la auténtica duración histórica y a los diferentes tiempos significativos de la historia. Aquella era una historia de los reinos, de los gabinetes ministeriales, dominada por los soberanos, los hombres políticos, marcada por los acontecimientos: nacimientos, muertes, constituciones, tratados, etc. Esta historia política era la aliada de una historia

Jacques Le Goff, "Los retornos en la historiografía francesa actual", *prehistoria*, Año I, número 1, 1997, pp 35-44.

*Agradecemos a la editorial Historia a Debate -y a Carlos Barros en particular- la autorización para traducción y publicación de esta comunicación, presentada por J. Le Goff al Congreso Internacional Historia a Debate, celebrado en Santiago de Compostela en 1993. La versión francesa del artículo "Les retours dans l'historiographie française actuelle" en BARROS, Carlos -editor- *Historia a Debate*, Vol. III, pp. 157-165. Traducción de Darío Barrera.

diplomática y militar igualmente acontecimental: la historia-batalla. Ocultaba los movimientos importantes de la historia: económicos, demográficos, sociales, culturales, que se ordenaban alrededor de otros fenómenos raramente acontecimentales y de otras cronologías en gran parte independientes de la periodización política. Esta actitud de los *Annales* era también una reacción contra la prensa de la época, que no se interesaba más que por el dominio político y acontecimental y por tanto, las dos mamás eran la política y los hechos más diversos reducidos a relatos anecdóticos.

b) El retorno de la historia política está ligado en gran parte a la toma de conciencia por los historiadores, pero también por los especialistas de las ciencias sociales y por los observadores del presente, de la política como dominio y como nivel de historia irreductible a otra cosa. Por ejemplo, la historia política reducida por el marxismo vulgar a una superestructura resultaba un tanto autónoma en su fundamento en relación a las infraestructuras económicas. Pero un gran cambio aparecía ya en el vocabulario. Esto que se distinguía en la historia vivida de las sociedades y que debía, por lo tanto, constituir el objeto de un concepto específico en la historiografía no era *la* política, trama de acontecimientos, sino *lo* político como lo habían identificado y creado los Griegos de la antigüedad. A la par del *homo oeconomicus*, por ejemplo, se encontraba el *zoonpolitikon* de Aristóteles. Esta emergencia de lo político era en parte una consecuencia de la aparición de las ciencias sociales y, a la vez en relación con ellas y en oposición a ellas, de la percepción y la creación de una nueva ciencia de las sociedades: la *politologia*, ciencia *de lo* político. Las instituciones cuyo objeto era más particularmente esta política, subrayaron y nutrieron esta atención nueva al hecho y al nivel político, por ejemplo el Instituto de Estudios políticos en Francia. De igual modo, una renovación de la filosofía política se reanudaba, de alguna manera con Aristóteles o Platón, con la escolástica medieval, con Hegel y Marx, bajo la influencia por ejemplo de relecturas de Max Weber y de Alexis de Tocqueville.

Los retos de los nuevos medios masivos de comunicación (radio y, sobre todo, televisión) que inundaron la vida de las sociedades con la agresión de lo político, también plantearon a la historiografía la necesidad de modelizar este nuevo monstruo de la historia.

c) Pero esto que había de legítimo y de necesario en este retorno a la historia política debe manifestarse bajo una forma profundamente renovada de la historia política. En primer lugar en cuanto al concepto mismo: historia, por lo tanto *de lo* político y no de la política, historia cuyo concepto fundamental, pluridisciplinario, es el de poder. Noción que, asegurando una especificidad a lo político, muestre que la historia del poder no debe renegar ni del poder económico ni del prestigio social, no forzosamente ligado al poder económico y a la riqueza ni el poder ideológico ni el poder de lo imaginario, etc. Historia política renovada que debe en particular otorgar un lugar privilegiado a los aspectos simbólicos del poder. Allí es donde encontraron su eficacia obras historiográficas pioneras, como los estudios de E. P. Schramm sobre las insignias del poder o el gran libro de Marc Bloch *Les Rois Thaumaturges*, de 1924, que, largo tiempo oculto por sus libros posteriores de historia económica y social, reencuentra hoy toda su frescura y toda su importancia. Esta historia política renovada y ampliada apeló, de manera interdisciplinaria, a nuevos documentos, expresando el impacto de las representaciones del poder: documentos iconográficos, ritos y liturgias, etc. Ella creó también un nuevo espacio de historia compa-

rada que podía ordenarse sea entorno de un fenómeno diacrónico como la realeza desde la Antigüedad a nuestros días, sea por la confrontación de manifestaciones del poder en las sociedades de diversas áreas culturales (gestos y liturgias del poder en occidente, en India, en China, etc.), sea por confrontación de ritos y de imágenes del poder en las sociedades llamadas históricas y las sociedades llamadas primitivas (por ejemplo ritos de iniciación en las sociedades europeas y las sociedades africanas). Me permito indicar que yo mismo he esbozado estas nuevas orientaciones de la historia política en un artículo «Is still politics the backbone of history?», aparecido en 1971 en la revista *Daedalus*.¹

2. El retorno del acontecimiento.

a) Los *Annales* combatieron la historia llamada acontecimental de una manera que nunca ha sido ni bien comprendida ni bien formulada. Esta condena de los *Annales* fue expresada por Marc Bloch y por Lucien Febvre en dos perspectivas. La primera es aquella de una historia política, diplomática y militar que se hacía con los acontecimientos fechados, reduciendo los fenómenos históricos y su evolución a una sucesión discontinua de *días históricos* reunidos en una cadena artificial. Resultó fácil a los fundadores de *Annales* mostrar que estos acontecimientos eran superficiales, que no daban cuenta de realidades profundas y durables de la evolución histórica y que no eran más que la «espuma de la historia». A esta historia acontecimental superficial se oponía una historia de las estructuras, en particular de las estructuras económicas y sociales, una historia de las profundidades, una historia hecha más por las masas anónimas que por los grandes hombres, una historia irreductible a las fechas, pero dotada de un espesor de duración más o menos largo. La expresión más penetrante de este rechazo de lo acontecimental en la historia fue la concepción braudeliana de la larga duración, que pesaba más en la evolución histórica por su ritmo lento que la historia a ritmo medio de la coyuntura y sobre todo que la historia a ritmo rápido del acontecimiento.

La segunda perspectiva fue expresada por Marc Bloch en *Apologie pour l'histoire*. Marc Bloch reprochaba a Durkheim y a su escuela de reducir todo lo que no era estructura a un residuo que él llamaba, precisamente, «acontecimiento». Ahora bien, Marc Bloch, consciente del valor de la categoría de acontecimiento y de las realidades históricas que expresaba, reprochaba a Durkheim ser incapaz de explicar la historia al desechar, precisamente, este residuo importante. El problema no era evacuar el acontecimiento sino de volver a introducirlo en su lugar y explicarlo en su relación con la estructura y la coyuntura. Aquí, los *Annales* condenaban todavía un cierto tipo de historia acontecimental o de sociología no-acontecimental como habían condenado también un cierto tipo de historia política.

Esta concepción del acontecimiento expresada por Marc Bloch estuvo largo tiempo oculta en la herencia de los *Annales*. Hoy, provee una de las justificaciones de la reinscripción necesaria del acontecimiento en la problemática histórica. El acontecimiento, aún si pertenece a un tiempo corto, diferente de los otros ritmos temporales de la historia, y por consecuencia de la historiografía, no es menos necesario a la explicación histórica global, y su naturaleza y su eficacia no pueden ser comprendidas más que en relación con estos otros ritmos de la historia. El acontecimiento es un concentrado, un emergente de coyuntura y es por lo tanto, muy importante, ya que expresa y modifica las realidades históricas profundas normalmente

regidas por el ritmo lento de la larga duración. El acontecimiento es, para retomar una imagen banal, la punta del iceberg y no puede ser estudiado fuera del iceberg mismo. Un modelo de esta concepción del acontecimiento me parece haber sido dada por Georges Duby en su libro *Le dimanche de Bouvines*.

Por otra parte, el retorno del acontecimiento no se explica sino por los nuevos fenómenos en la historia, de los cuales Pierre Nora ha mostrado la naturaleza e importancia en un artículo que tuvo una resonancia merecida, publicado en *Faire de l'Histoire* y llamado, precisamente, «Le Retour de l'événement». Cito aquí a Jacques Revel, quien cita él mismo un extracto de este artículo de Pierre Nora: «El acontecimiento ha cambiado de sentido y de función». Pierre Nora escribía: «La historia contemporánea ha visto morir el acontecimiento 'natural' donde se podía cambiar idealmente una información contra un hecho de realidad; hemos entrado en el reino de la inflación acontecimental y es necesario, para bien o para mal, integrar esta inflación en la trama de nuestras existencias cotidianas. Multiplicado, desmesuradamente inflado por los medios de comunicación que lo producen, el acontecimiento, en adelante, invita a leer el imaginario de una sociedad para la cual él juega, en su conjunto, el rol de una memoria y el de un mito. Analizar el acontecimiento contemporáneo, su estructura, sus mecanismos, aquello que él integra en cuanto significado social, no sería tanto interrogarse por una espuma del tiempo histórico sino intentar atrapar el funcionamiento de una sociedad a través de las representaciones parciales y deformadas que ella produce de sí misma.»

Este análisis de Pierre Nora, mostrando el advenimiento de un nuevo acontecimiento ligado a los nuevos mass media y en particular a la televisión, medios que más que contentarse en difundir el acontecimiento lo producen, puede ser extendido, sin omitir la nueva dimensión del acontecimiento contemporáneo, al conjunto de sucesos del pasado. La crónica, el documento-monumento que nos transmiten la memoria de un acontecimiento, en realidad, también lo han producido. Sin ellos, el acontecimiento no solamente permanecería oculto en el pasado, sino que además, habría quedado envasado en la duración histórica. De hecho, el acontecimiento, concebido de esta manera, es el triunfo de la problemática de los *Annales*. En contra de los historiadores positivistas, han mostrado que el hecho histórico no era un dato sino un producto del cuestionamiento, de la actividad de los historiadores. Esta concepción de la producción de la historia se extiende más allá del acontecimiento. Además, esta concepción integra en la historia acontecimental la dimensión de lo imaginario que, en la marcha de los *Annales* se ha transformado en uno de los objetos y uno de los métodos del análisis histórico que permite una mejor perspectiva para captar las relaciones entre historia y memoria, lo que constituye uno de los objetos esenciales de la reflexión histórica actual.

3. El retorno de la historia-relato.

Desde fines del siglo XIX, la historiografía científica occidental ha tendido a alejarse de la historia-relato. Si bien esta tendencia fue particularmente clara entre los historiadores de *Annales*, de hecho fue más general, y comprendió incluso a los historiadores denominados positivistas. La historia, transformada en objeto de enseñanza universitaria, se hizo cada vez más técnica, sino científica, en particular gracias a la importancia creciente de las llamadas ciencias auxiliares de la historia, de la voluntad de

explicar más que de contar, alejando a la historiografía del carácter eminentemente literario que había revestido anteriormente y que había conocido su cenit con la historia romántica, aún cuando ésta combinaba la visión literaria con un mayor cuidado en el uso de los documentos y su crítica. El historiador modelo de esta historia que ejerce su imaginación visionaria en los archivos es Michelet. Pero es también un producto de la influencia de las otras ciencias sociales, de la geografía, de la economía y de las nuevas ciencias sociales, la demografía y la sociología, al mismo tiempo que de una etnología que estudia los pueblos sin historia, lo que significa a la vez pueblos vivos en un tiempo inmóvil y pueblos de los cuales no puede más que describirse su estructura y funcionamiento. Más generalmente, la erosión del interés por los grandes personajes, por lo anecdótico y lo pintoresco, la investigación de las estructuras y los modelos relegó a la historia-relato al nivel inferior o marginal de la pequeña historia. La historia-relato tendía a estar confinada en la novela histórica, cuyos lazos con la historia propiamente dicha, eran y continúan siendo ambiguos todavía. El cansancio sufrido por el gran público y por una parte de los historiadores frente a una historia abstracta y sin intrigas, preparaba una reacción. Esta reacción tuvo una expresión teórica particularmente refinada en el libro de Paul Veyne *Comment on écrit l'histoire*, donde precisamente la noción de intriga, sin evitar el escollo de una gran proximidad con la literatura y la novela, reconciliaba desde entonces las orientaciones modernas de la historiografía con la tradición de la historia-relato. En un nivel de menor valor teórico, pero quizás con mayor impacto en el medio de los historiadores, uno de los grandes historiadores ingleses ligado a la revista *Past and Present*, considerada a sí misma como cercana al espíritu de los *Annales*, Lawrence Stone, reclamaba la vuelta a la historia-relato, replicando a otro grande de *Past and Present*, Eric Hobsbawm, discusión que encontraba eco en *Débat*, revista francesa dirigida por Pierre Nora. La alarma suscitada por el artículo de Lawrence Stone fue sensible sobre todo entre los historiadores que practicaban la interdisciplinariedad entre la historia y las ciencias sociales, pues una de las consecuencias aparentemente inevitable del retorno de la historia-relato era el alejamiento de la historia respecto de las ciencias sociales, de las cuales, lo propio residía en que su descripción no era reductible a narraciones.

El retorno de la historia-relato, llamada aún convencionalmente historia narrativa, se complicaba por la emergencia de un gran debate en filosofía y en las ciencias de la literatura y el lenguaje de un nuevo dominio, notablemente ilustrado por Jacques Derrida, la narratología. No estoy seguro de que, como esto ya había llegado a propósito de la lingüística y sobre todo de la lingüística saussuriana o del estructuralismo, no hubiera habido grandes malentendidos entre las concepciones de los narratólogos y los historiadores partidarios del retorno a la historia narrativa. Habría allí un tema a esclarecer. Por mi parte, me limitaré a hacer algunas consideraciones banales.

La primera es que toda concepción historiográfica debe, me parece, recurrir episódicamente a secuencias narrativas pero, evidentemente, no es esto lo que podemos llamar historia-relato. La segunda es que importa darse cuenta que la historia-relato no es más inocente que las otras formas de historia, que procede también de una manera de hacer la historia, que supone toda una serie de concepciones más o menos conscientes de visiones de la historia, operaciones de montajes de la historia de las cuales el resultado es por lo tanto más temible que lo no dicho que ella supone escapa al consumidor y, a menudo, al productor mismo. La historia narrativa es probablemente la historia más inconscientemente ideológica. Ofrezco dos conclusiones que, en todo caso, inspiran mi práctica. La primera es que el

recurso a la historia narrativa debe ser, previo a su escritura, el objeto de un cuidadoso análisis de aquello que supone y de aquello con lo que contribuye el relato histórico. Esto que encontramos y que me parece mucho más importante que el problema de la historia narrativa es el problema de *la escritura de la historia*, sobre el cual, por otra parte, estamos reflexionando en este coloquio. En fin, creo que un retorno fuerte de la historia narrativa, aún bajo formas renovadas, a diferencia de otros retornos que introducen innovaciones importantes en la reflexión histórica, comporta una grave amenaza de retorno en el sentido de un retraso.

Agrego que, a mi entender, la historia narrativa viene a complicar inútilmente el problema fundamental y complejo de la armonía entre los tiempos de la duración histórica y de los conceptos temporales del historiador.

4. El retorno de la biografía.

La situación de la biografía en la historiografía occidental del siglo XX y aún en el movimiento de los *Annales*, es compleja. Allí, la biografía, movimiento que alejaba a los historiadores universitarios, como en su mayoría lo eran los mismos *Annales*, gozaba sin embargo de una gran difusión fuera de este terreno. El "gran hombre" como objeto histórico estaba fuera de moda. Ya no parecía capaz de permitir al historiador hacer historia. El género biográfico era arrastrado en el descrédito de la historia narrativa y, de manera más general de una historia más literaria y artística que científica. Las mejores biografías eran escritas corrientemente por ensayistas o novelistas, no por historiadores. Los historiadores de *Annales*, frente a la biografía, parecen haber estado a la vez divididos y dubitativos. Lucien Febvre, por temperamento sino por visión de la historia, estaba a favor de la biografía. Ciertamente, de una biografía que permitiera encontrar problemas a través de un hombre y, en este punto, su Lutero es ejemplar. Marc Bloch estaba claramente poco atraído por la biografía. Pero era un muy buen historiador y muy consciente en su enseñanza universitaria como para no sentir que si no el gran hombre, al menos el individuo, no podía ser excluido de la historia. Encontraremos más adelante el problema del individuo bajo otro ángulo, pero mientras tanto, quisiera señalar que este problema también es esencial en el campo de la biografía. De las transformaciones que los historiadores de los *Annales* han querido hacer sufrir a la biografía, sea para esclarecerla, sea para volverla risible, creo que podemos tomar como ejemplo la célebre tesis de Fernand Braudel, *La Méditerranée à l'époque de Philippe II*, (1949) y el bello libro de Pierre Goubert *Louis XIV et vingt millions de Français* (1966). En la tesis de Braudel, el Mediterráneo sumergió de algún modo a Felipe II, que no fue sino un referente cronológico burlón y la parodia de retratos que, para divertirse, Fernand Braudel esboza al final del libro, tomados seriamente por filósofos sin sentido del humor, muestra deliberadamente cómo los personajes colectivos, tanto como los geográficos, tomados por la historia, pueden derribar de su plaza en la historiografía aún a los hombres más prestigiosos. En la deliberada exageración de Fernand Braudel hay, evidentemente, una voluntad metodológica. Pierre Goubert investiga en otra dirección el diálogo entre el gran personaje y la masa. Formado en la demografía histórica, que él mismo ha contribuido poderosamente a crear en su forma moderna, instituye de alguna manera un equilibrio entre el individuo monarca y la masa, sin

ocultar que sus intereses van más hacia ésta que hacia aquél. El libro reciente de François Bluche sobre *Louis XIV* marca el retorno de la biografía sobre el mismo terreno. Es necesario, ante todo, recordar todavía la situación de la producción histórica y metodológica de hace cincuenta años. Las biografías se constituían no solamente alrededor de una concepción ingenua del gran personaje sino también, puede ser, con el auxilio de una psicología perimida, plena de anacronismos y de superficialidad, perfectamente incapaz de dotar la simple autenticidad de un personaje histórico cuando los *Annales* hacían, al mismo tiempo, investigaciones más o menos titubeantes hacia la psicología histórica colectiva que debía conducir claramente a la emergencia del concepto de mentalidad que, a decir verdad, reducía aún más la especificidad del individuo y corroía el lugar de la biografía en la producción histórica. Sin embargo, fuera de todo espíritu de escuela, grandes historiadores producían, a mediados de este siglo, modelos impresionantes de biografías. Voy a citar tres. El primero es el *Frédéric II* (1927) de Ernst Kantorowicz. Desembaracémoslo de todo su envase ideológico y romántico. Queda un impresionante estudio de un individuo cuya individualidad y estatura resplandecen a través de un estudio de historia total, de geo-historia, de nueva historia política, de historia cultural. Mi segundo modelo es la obra maestra única de Arsenio Frugoni, *Arnaldo da Brescia nelle fonti del secolo XII*. Frugoni muestra como un estudio de fuentes que vuelve la espalda al método filológico clásico puede permitir captar la individualidad de un personaje muy disímilmente presentado e interpretado por las fuentes y, hasta entonces, más oculto que mostrado por ellas. Es una biografía *décryptage*. Por último Peter Brown, en su biografía de *Saint Agustin of Hippo* (1967) mostraba, con una sutileza y un sorprendente sentido de historia total, como un hombre se revela, a través de su obra y de su acción, en una biografía cruzada, a la vez tradicional y moderna. La biografía, hoy, parece seguir dos vías cuyo único punto en común es del deseo de responder al llamado visible de un público aburrido por la abstracción de las estructuras y la sequedad de la historia económica. En la abundante producción biográfica actual, ciertas obras, esforzándose por estar mejor informadas que las del pasado, permanecen sujetas a una psicología superficial, anacrónica y perimida, a un goce anecdótico sin interés y a veleidades de escritura que raramente resultan felices. Otra, al contrario, se esfuerza por mostrar que la biografía puede ser uno de los medios de echar una mirada sobre la historia que reencuentra en un hombre las preocupaciones de la investigación histórica más nueva, que encuentra en el tiempo de una vida una de las duraciones significativas de la historia y de la biografía, que alcanza en una encarnación concreta los grandes movimientos de la historia política, de la historia económica y social, de la historia cultural, de la historia de las mentalidades y del imaginario sin reducirlos a fenómenos cuantitativos donde se perdería lo que hace a la autenticidad y el sentido de un personaje en historia. Esta corriente es reveladora de las estructuras históricas y de las realidades historiográficas. Para los períodos antiguos, la documentación apenas si permite las biografías de personajes eminentes, pero los historiadores se esfuerzan cada vez más, desde que la evolución y la documentación lo permiten, de tomar por héroes a los oscuros, los pequeños, los sin grado, representativos de un tipo, de una categoría, de un momento que una documentación nueva y excepcional permite atrapar en una representatividad colectiva y un saber individual que no se explican ni se muestran sino en conjunto. Este movimiento no puede estar separado del movimiento historiográfico y ético que afirma un derecho a la historia de otros que los poderosos o los prestigiosos. Creo que la biografía está en vías de transformarse en uno de los medios de hacer una

historia total del hombre y de los hombres, uno de los dominios más importantes de la antropología histórica.

5. El retorno del sujeto.

Este último retorno es diferente de los otros. A primera vista, concierne menos a la historia que a la filosofía y a las otras ciencias sociales, en particular a la sociología. Parece responder a una reacción contra las diferentes formas de determinismo que se imponen en estos dominios. Sin ser equivalente ni reducirse a esto, puede decirse que este retorno se aproxima en historiografía al retorno del individuo. En efecto, más allá del retorno de los personajes en la historia política o en la biografía, el retorno del individuo emerge no sólo frente a las estructuras y los modelos abstractos sino a los personajes colectivos de la historia social, grupos, categorías, clases, masas, etc... El problema de la emergencia del individuo en determinadas épocas de la historia es una vieja serpiente de mar de la historiografía. Por lo demás, este problema presenta una complejidad que aquí me contento con apenas señalar, sobre todo el problema de las relaciones entre las nociones de individuo y de persona. Refiriéndome a períodos antiguos, tradicionalmente se considera que hay una emergencia del individuo en la historia en el marco de la ciudad antigua con el personaje del ciudadano, en el que se reencuentra un modelo categorial y el fundamento ideológico y político de una cierta autonomía del individuo. Un segundo período ha sido objeto de un debate reciente y siempre abierto, la Edad Media, donde varios historiadores con algunos puntos más o menos comunes, han reconocido una emergencia del individuo en los siglos XII y XIII. Este debate, en el que participaron, entre otros, Colin Morris, Carolin Bynum y Jean-Claude Schmitt, ha considerado sobre todo la intervención de Aaron Gurevitch que acaba de escribir una obra, aún inédita, sobre el nacimiento del individuo en Europa durante la Edad Media y el Renacimiento. Su tesis, que integra en particular el aspecto escandinavo de la emergencia del individuo a través de los sagas, es que el período decisivo de interés por el individuo y de autoafirmación del individuo es menos el Renacimiento -como se pensaba habitualmente- que el corazón y el final de la Edad Media. Es claro que la actualidad de los debates historiográficos sobre los períodos de afirmación del individuo está relacionada a los interrogantes actuales sobre el individualismo contemporáneo.

Sin embargo, del individuo al sujeto hay un desplazamiento evidente. Aún si cuando lo que está en discusión es el problema de los actores de la historia, la consideración del sujeto obliga a salir del dominio propio del historiador para entrar en el del filósofo. En efecto es un filósofo, Jacques Rancière, quien acaba de cuestionar a los *Annales*, desde Michelet -su ancestro- hasta Fernand Braudel, de haberse conformado con una aparente introducción de los estratos inferiores de la sociedad como sujeto de la historia. Ahí donde los historiadores de *Annales* se presentan como historiadores demócratas, reconociendo el derecho a la historia de los miembros de estas categorías y, en particular de aquellas en las que se interesa Rancière, los obreros, de hecho, estos historiadores se colocan a sí mismos en el lugar de aquellos a los que pretenden transformar en sujetos y hacen del historiador el nuevo sujeto de la historia. No entraré en este debate que, para mí, se aleja demasiado del *métier* del historiador. Simplemente diré que, como lo han mostrado muy bien Michel de Certeau y Michel Foucault, tomar conciencia del

acto de hacer historia y decir desde dónde habla el historiador, en qué es el productor del hacer histórico y no un actor de la historia objetiva, vivida, sino actor del acto historiográfico, me parece un progreso de la historiografía. Una vez más encontramos la confusión entre la historia con una gran H y la historia con una h pequeña, la historiografía.

Creo más que nunca en la necesaria distinción entre el oficio histórico y la filosofía de la historia. Evidentemente es el derecho y el deber de los filósofos pensar estos dos tipos de historia y mostrar las relaciones según su propio *métier*. Este pensamiento filosófico de la historia es muy útil a los historiadores. No deben volverse filósofos.

Existe una manera propiamente histórica de reflexionar acerca de las relaciones entre el azar y la necesidad. El azar y la necesidad del historiador no son el azar y la necesidad del filósofo, aún cuando haya evidentes conexiones entre ellas. Por lo tanto, deseo que los historiadores estén atentos a este retorno del sujeto en los campos vecinos (Alain Touraine ha afirmado la necesidad en el campo del sociólogo), pero que no busque utilizar un concepto, un útil; la noción de sujeto en su propio campo tiene necesidad de otro utilaje conceptual.

Me permito decir, además, que la necesaria renovación de la historia no debe reducirse a la suma de estos retornos. Una parte de estos no es sino la voluntad de revancha de historiadores pasados y de sus herederos. Otra parte de estos retornos, la más positiva, es la transformación profunda de viejas categorías por una nueva problemática en el conflicto de la historia viva.

Repensar las nuevas relaciones de la historia con las ciencias sociales, repensar los nuevos aspectos de los datos fundamentales de tiempo y espacio para los historiadores, reflexionar sobre lo que debe ser, si se quiere mantenerla en el centro de la historia, la nueva historia social cuando la vieja hace agua por todas partes en historia como en las otras ciencias sociales, pensar en nuevos modos de escritura que requiere la historiografía, estudiar las nuevas formas de producción y de difusión de la historiografía son, me parece, algunas de las tareas esenciales de nuestra reflexión colectiva y de nuestros debates. En cuanto al término de historiografía y la práctica que reviste, sabemos que ha evolucionado bastante desde algún tiempo a esta parte y que tiende a ser remplazado por el concepto de historia de la historia. La tradición historiográfica francesa, durante mucho tiempo reticente a tomarse por objeto de reflexión, creo que ahora se ha comprometido decisivamente en estas nuevas vías de historia de la historia.

Me parece, para terminar, que la reflexión sobre la actitud que deben adoptar los historiadores frente a lo contemporáneo, al presente, esto que Marc Bloch llamaba "lo actual", debe continuar. No hemos logrado aún definir bien en que condiciones la historia del presente puede ser una verdadera historia. Creo que hoy, conceptos tales como historia inmediata, no hacen más que encubrir nuestra impotencia para evitar una ruptura entre nuestras prácticas de historiadores de cara al pasado y a lo actual, más allá de evidentes diferencias impuestas, por ejemplo, por las fuentes.

Y, finalmente, ¿no deberíamos retomar el deseo formulado por Marc Bloch de ver al historiador interesarse por el futuro? La futurología, aquí, no se me aparece sino como un falso frente. Nos corresponde decidir si somos capaces, en tanto que historiadores, de elaborar un cierto dominio sobre el futuro. ■

Notas:

- 1 Existe versión española de este artículo, "¿Es la política todavía el esqueleto de la historia?", en la compilación publicada por Gedisa, *Lo maravilloso y cotidiano en el mundo medieval*, Barcelona 1985, pp. 163-178, en francés, compilado también en *L'Imaginaire médiéval*, Gallimard, París 1985. Nota del Traductor.